

---

## CAPÍTULO X.

### ¿HAY INCOMPATIBILIDAD ENTRE EL CULTIVO DE LA INTELIGENCIA Y LOS QUEHACERES DOMÉSTICOS?

Dado que la mujer tiene inteligencia y necesidades físicas, no puede haber incompatibilidad esencial entre el cultivo de esa inteligencia y el cuidado de las atenciones materiales de la vida; de otro modo, Dios habría establecido, en lugar de la armonía, el antagonismo y la lucha donde es necesaria la paz. Las ocupaciones y cuidados de la vida física, un trabajo manual, lejos de perjudicar, pueden servir de descanso á los del espíritu. Cuando todas las horas del día y parte de las de la noche se empleen en trabajos materiales, será difícil que la mujer, lo mismo que el hombre, se dedique á ejercitar mucho el entendimiento: habrá, pues, imposibilidad material, común á los dos sexos: no incompatibilidad entre ocupaciones de un orden diverso.

Creemos que en todas las clases se podía y se debía dar alimento al espíritu; creemos que en todas se podía y se debía hallar tiempo para pulir los gustos groseros, elevar los sentimientos, rectificar los errores, enseñar las verdades necesarias y elevar el alma del trabajador, redimiéndola de la esclavitud en que ahora gime. Grave cuestión es esta, que no puede tratarse incidentalmente, y sólo hablaremos de aquellas clases que *tienen hoy tiempo* para educarse.

Las niñas, por regla general, más precoces y más dóciles que los niños, ¿qué hacen desde que son susceptibles de recibir instrucción hasta que se casan? Aprender á leer, escribir y contar mal ó bien, y lo que se llaman las labores propias del sexo: costura, bordado, más ó menos primoroso, y cuya utilidad consiste en gastar algún dinero en sedas y en estambres, y mucha vista para contar hilos y combinar colores. Si la educación es esmerada, se agrega un poco de geografía, historia y música; en algunos casos dibujo y francés: entonces son ya jóvenes instruidas. Por regla general todo esto se aprende con poca formalidad, sin tomarse el trabajo constante, necesario para saber bien una cosa, y sin la idea de que pueda servir para algo útil y po-

sitivo: la joven no trata de adquirir *conocimientos*, sino *habilidades*. Generalmente las olvida cuando se casa, es decir, que ha gastado muchos años de su niñez y juventud y algún dinero, á veces bastante, para aprender lo que primero no le sirve de nada, y después olvida. Como no se ocupa formalmente, se aburre y lee novelas, muchísimas novelas, con las que completa su educación intelectual.

Así despilfarra la joven los primeros y mejores años de su vida, sin hacer nada útil, ni tratar de nada formal, ni pensar en nada grave. Así tiene la veleidad y la ligereza propias del que no se emplea en nada serio; así adquiere hábitos de holganza intelectual, que la imposibilitarán toda la vida para los trabajos del espíritu, que exigen mucho esfuerzo y perseverancia; así, no pudiendo ser para ella la vida una *ocupación*, quiere convertirla en un *entretenimiento*.

Se dirá: la joven aprende á gobernar la casa, que es lo que importa. No creemos que sepa gobernar la casa quien no sabe gobernarse á sí misma, y aunque el gobierno de la casa se limitara al papel de ama de llaves, dudamos que le desempeñase bien. Es muy común en las jóvenes bien educadas y llenas de habilidades, no saber

coser bien un punto á una media, ni hacer un zurcido, ni echar una pieza, y lo que es peor, difícilmente tendrá espíritu de orden quien tiene poca fijeza en sus ideas y base poco estable para sus juicios.

Pero supongamos que la joven tiene buen juicio, y mucho instinto del bien, y bastante conocimiento práctico de las cosas materiales, y hábitos de orden y economía. El gobierno de la casa, ¿absorberá toda su existencia? Soltera en casa de su padre, casada en la suya, ¿no le quedará tiempo para ningún otro trabajo?

La dificultad y el mérito del gobierno de la casa se han exagerado mucho, y no podía menos de suceder así. Los hombres no entienden de eso y creen que es cosa ardua, como las mujeres que se figuran que es muy difícil el más sencillo trabajo intelectual. Además, la mujer exagera la dificultad de los cuidados domésticos por la natural propensión á exagerar la importancia de lo que constituye la única ocupación de la vida, y porque si el gobierno de la casa no es un problema muy difícil, no ha de ser tan grande el mérito de quien le resuelve.

Las grandes señoras y las señoras ricas no gobiernan su casa, ni aun suelen dirigirla. Seme-

jante ocupación es para las mujeres de la clase media y las pobres; éstas trabajan muchas horas del día y de la noche para ganar pan, y les quedan pocas horas para el gobierno de la casa.

La costura llevaba antes mucho tiempo, malgastando en ella no poco las mujeres haciéndose. No era, ni es raro, ver cómo se gastan muchas horas ó muchos días en coser una pieza de ropa vieja, que se rompe á la primera lavadura, cuando el valor del tiempo, aun tan mal pagado como se paga el de las mujeres, bastaba para comprar nueva aquella prenda. Entre no componer la ropa usada y empeñarse en coserla cuando ya no vale el tiempo que cuesta, hay un medio, y ateniéndose á él, y con las máquinas, la mujer más hacendosa no necesita dedicar, en general, mucho tiempo á la costura, aun suponiendo que no tenga quien la auxilie.

El cuidado de la despensa y la vigilancia de la cocina no exigen tampoco tanto tiempo, que á una mujer que madruga y sabe aprovecharlo; no le queden algunas horas, ó muchas, según las circunstancias de su familia, para dedicarse á trabajos útiles, mentales ó materiales, según su disposición ó su gusto.

Hablamos por experiencia propia y ajena; co-

nocemos mujeres que, sin descuidar sus deberes domésticos, hallan tiempo que dedicar á trabajos mentales, á buenas obras, ó á uno y otro. Para que la mujer tenga tiempo para todo, no se necesita más que fortificar su juicio, á fin de que no le pierda de mil maneras, salvo cuando tenga muchos hijos pequeños y nadie que le ayude (lo que quiere tomarse como regla, y es la excepción), ó mediando alguna otra circunstancia fuera de lo ordinario, en los demás casos la mujer tiene tiempo para instruirse y utilizar su instrucción en provecho suyo y de su familia.

Todo esto que vamos diciendo podrá parecer absurdo, pero es exacto, y cualquiera que observe en el hogar doméstico á las mujeres de la clase media, se convencerá de que si para dedicarse á algo útil, después de atender al gobierno de la casa, les falta tiempo, es porque le malgastan. El modo de emplearle bien es una de las primeras cosas que deberían aprender. La educación de las mujeres hasta aquí podría llamarse, sin mucha violencia: *Arte de perder el tiempo.*

---



---

## CAPÍTULO XI.

¿QUÉ SERÁ DE LOS HIJOS CUANDO LA MADRE  
PUEDA EJERCER UNA PROFESIÓN Ú OFICIO  
LUCRATIVO?

Se supone que todas las mujeres son madres, que todas pueden dedicarse exclusivamente al cuidado de sus hijos, y que toda la vida de la mujer necesita estar empleada en llenar los deberes materiales, minuciosos, incesantes de la maternidad. Partiendo de supuestos falsos, las consecuencias no pueden ser verdaderas.

Hay un gran número de mujeres que no son madres: de ellas trataremos en el capítulo de la *mujer soltera.*

La inmensa mayoría, compuesta de mujeres pobres, no puede dedicarse al cuidado asiduo é incesante de sus hijos pequeñuelos, porque necesitan trabajar para darles pan. Unas veces llevan consigo al hijo que amamantan, expo-

niéndole á la intemperie; otras le dejan al cuidado de alguna anciana, ó le dejan solo: si hay alguna casa benéfica donde le recojan mientras van á su trabajo, es gran favor para el inocente y gran descanso para ellas. En la mayoría de los casos, es gratuita la suposición de que la mujer está ni puede estar continuamente al cuidado de sus hijos.

Queda reducida la cuestión á saber cuál será mejor: que deje la casa para ejercer una profesión ú oficio lucrativo, ó para dedicarse á un trabajo material, penoso y mal pagado. Afirmamos sin vacilar, que la mujer más educada, más perfecta, más útil, puede atender más constantemente al cuidado de sus hijos, porque puede estar más tiempo en casa y tener más vagar. Su trabajo, muy mal retribuído, lo será cada vez menos, porque es mecánico, y como máquina, es inferior á las que perfecciona todos los días el genio del hombre. Para ganar, no digamos algunos reales, sino algunos céntimos, necesita estar trabajando en su casa, ó fuera, todo el día, y á veces una parte de la noche. Si entrara por algo la inteligencia en su obra, se pagaría mejor, ganaría mayor suma en menos tiempo y podría dedicar más á sus hijos. Para que los atienda,

pedimos que, según su clase, tenga educación y utilice las facultades que ha recibido de Dios. Es extraño modo de observar, fijarse en un corto número de mujeres de la clase media que se dedican asiduamente al cuidado de sus hijos, y prescindir de la inmensa mayoría de mujeres pobres que para buscar pan tienen que dejarlos ó no atenderlos bastante.

El hijo necesita siempre de su madre, aunque la mantenga. ¿Quién le amará como ella le ama? Pero el cuidado asiduo de todos los momentos, no es necesario sino en los primeros años de la vida. La mujer vive 60 ó 70 años; según su fecundidad, tiene hijos pequeños, cuatro, seis, ocho, diez ó doce años. ¿Es esto la vida? Aunque en este período tuviera que dedicarse al cuidado exclusivo de sus hijos y no pudiera hacer otra cosa; aunque no estuviera á su lado madre ó tía anciana que la ayudase, ó hermana que le diera auxilio, antes y después de este período, y aun en el mismo, ¿no tiene la mujer tiempo y necesidad de cultivar sus facultades para que su trabajo sea más útil y más lucrativo y para perfeccionarse?

Esta consideración se aplica, como á las mujeres del pueblo, á las de las clases elevadas, y más

aún, porque en ellas son las mujeres menos fecundas, y es menos el tiempo en que la lactancia y corta edad de los hijos exigen cuidados incesantes. ¿Y lo son siempre tanto como se dice? El ama, la niñera, la abuela, la tía ó la hermana, ¿no procuran algún descanso y dejan algún tiempo que puede emplearse con utilidad mayor, según el mayor grado de perfección á que se haya llegado? Cuando el esposo está enfermo ó abrumado de trabajo, para ayudarle; cuando falta, para suplirle, ¿no podría la mujer hallar algunas horas que dedicar á trabajos lucrativos, para que sus hijos no careciesen de lo necesario y para que la enfermedad ó la muerte del padre no fueran la ruina de la familia?

Aun en este período, no muy largo comparado con la vida entera, en que los hijos pequeños necesitan cuidados continuos, se ve que las mujeres pueden disponer de algún tiempo, que unas emplean útilmente, y otras malgastan de una manera lastimosa.

La mujer educada será madre, no sólo más inteligente y capaz de allegar recursos para sus hijos, sino más tierna y cariñosa; las infanticidas no son personas instruídas, ni tampoco las que tratan á sus hijos con incomprensible dureza.

Lo repetimos: la mujer no sale ni puede salirse de la ley eterna, por la cual todo ser que se educa dulcifica su carácter, se hace más humano; y cuando la mujer dilate los horizontes de su entendimiento; cuando comprenda las armonías del mundo moral; cuando vea toda la fealdad del vicio y del crimen y toda la hermosura de la virtud; cuando su exaltación se convierta en entusiasmo y sus instintos se eleven á sentimientos; cuando su razón pueda servirle de faro en las borrascas de la vida y de apoyo contra los embates del mundo; cuando el ejercicio de las facultades más nobles eleve su ser, purifique sus afectos y le dé mayor delicadeza y sensibilidad; cuando, en fin, sea más buena, ¿no será mejor madre?

Si no fuera este nuestro íntimo convencimiento; si tuviéramos la más leve duda de que la mujer, al cultivar su inteligencia, disminuía en lo más mínimo su cariño maternal, arrojaríamos estas páginas al fuego. ¿Cómo habíamos de querer despojar á la humanidad de su sentimiento más elevado?

En todos los amores de la tierra se revela, por algún egoísmo, el miserable barro de que está hecho el hombre: sólo el amor de una madre

nos puede dar idea del amor del Cielo; sólo en él hay pureza inmaculada, abnegación que no conoce límites, perdón para todas las culpas, olvido para todas las faltas, y piedad y misericordia sin medida: sólo él purifica cuanto toca, hace comprender al alma un mundo de afectos sublimes y la pone en relación con el Infinito.

Mirad en su prisión á la mujer más despreciable, á la prostituta delincuente; vedla trasfigurada al lado de su hijo enfermo, y escuchad las palabras sublimes que no se manchan al pasar por sus labios impuros.

Ved aquel reo en capilla; es un monstruo: cínico é impenitente, repugna y espanta. ¡Su madre! Al verla llegar, se estremece el centinela y se conmueve hasta el verdugo. Cuando la sacan, la expresión del monstruo ha cambiado; aquella alma empedernida se ha conmovido, é inclina su frente unguada por las lágrimas de la que le dió el ser. Allí donde todo inspiraba repugnancia y horror, hay algo que hace sentir compasión y respeto; aquella atmósfera pestilente se ha purificado al pasar por ella el amor desolado de una madre.

Y este amor, lo más grande que hay en el mundo moral, ¿había de ser incompatible con la

perfección del entendimiento, lo más grande que hay en el mundo de la inteligencia? ¿Había de haber antagonismo entre los atributos más nobles de la humanidad? ¿No sería posible la armonía entre las cosas más sublimes, ni que la mujer que piensa fuese madre amorosa?

Dios, que es inteligencia y amor, ¿apartaría en la madre el amor de la inteligencia? ¡Hijos de las mujeres pensadoras y amantes, vosotros responderéis algún día á esta especie de blasfemia!

---

## CAPÍTULO XII.

### LA MUJER SOLTERA.

La mujer soltera inspira cierto desdén; reminiscencia brutal, como hemos dicho, de los tiempos en que no se la consideraba más que como hembra, y efecto de que, por falta de educación, no es todo lo útil que pudiera ser. Á veces parece que su vida sin objeto es una carga para la sociedad.

Hay un tipo de mujer soltera, ciertamente poco recomendable. Egoísta, extravagante, concentra sus afectos en su perro ó en su gato, ó se vuelve á Dios con tan poca benevolencia para las criaturas, que hace incomprensible su amor verdadero al Criador. Es la mujer excéntrica, intratable, ó la beata maldiciente, sin caridad. Este tipo va siendo raro; lo sería mucho más si la mujer se educase; aun creemos que llegaría á desaparecer, porque es una consecuencia del

fastidio, del ocio intelectual y del sentimiento de la propia inutilidad: la prueba es que la solterona extravagante de la clase media y elevada no existe en la mujer del pueblo que trabaja.

La mujer, es mujer aunque no sea madre, es decir, que es compasiva, paciente, afectuosa y dispuesta á la abnegación. Más aún: sin ser madre, tiene afectos maternos. Observemos en el hogar doméstico cuántas veces la hermana ó la tía soltera cuidan de los niños con celo incansable, y los sufren y los aman con afecto verdaderamente maternal. Observemos esas sagradas legiones de Hermanas de la Caridad que amparan á los pobres niños que dejaron huérfanos la muerte, la miseria ó el crimen. En toda mujer cuyo natural no se haya torcido de algún modo, hay amor á los niños, compasión hacia el que sufre y piedad religiosa. La sociedad, en vez de explotar este tesoro, le desdeña, si acaso no le escarnece.

La mujer soltera, casta si tiene un poco de pan y un poco de educación, no es, como el hombre célibe, un elemento de vicios, desórdenes y males, sino que, por el contrario, puede consagrar toda su existencia al bien de la sociedad. El amor de Dios y del prójimo forma parte muy

esencial de su naturaleza: la lleva á los hospicios, á los hospitales, á la inclusa, al campo de batalla, y la hace atravesar los mares en busca de dolores que consolar. Dad instrucción á esta criatura así organizada, dadle instrucción sólida, y veréis desaparecer los *empleados* de los asilos benéficos, y veréis convertirse las casas de *beneficencia* en casas de *caridad*.

La mujer soltera, que caritativa é ilustrada se dedica al consuelo de sus semejantes, es un elemento social de bien y prosperidad que no tiene precio; su actividad, su vehemencia, su piedad, su abnegación, su vida entera, se concentran en la buena obra objeto de sus afanes; allí están su hogar y su familia, allí sus alegrías y sus dolores. Toda mujer en la cual la educación no haya contrariado los buenos sentimientos, tiene cuidados, ó por lo menos disposiciones maternas para los desvalidos que padecen; esto es tan cierto, que los acogidos en las casas de beneficencia, por instinto ó por gratitud, llaman á las Hijas de la Caridad, *las madres*.

No es necesario que la mujer soltera haga votos ni vista un hábito para que su vida se consagre al bien de los demás. ¡Cuántas veces sola en su casa vive exclusivamente para la ca-

ridad bajo cualquiera de sus formas, ó agregada á una familia cuida al niño como si fuera su madre, y al anciano como si fuera su hijo! Y si esto no sucede con más frecuencia, y la mujer soltera no es más útil, consiste en que no tiene conciencia de todo lo que vale; en que muchas veces se considera como un ser inútil que para nada sirve; en que no hay en ella esa independencia moral y esa firmeza é igualdad de carácter que da la ocupación útil y la inteligencia cultivada, y en fin, en que carece de recursos, porque no puede dedicarse á oficios ó profesiones lucrativas.

Si para convencernos de que los errores se encadenan como las verdades, necesitásemos una prueba más, lo sería la especie de desdén que inspira la mujer soltera, en vez del respeto que debería inspirar. Dada la preocupación de que en la mujer no hay facultades intelectuales que cultivar, ni aptitudes para las artes, la industria y el comercio; suponiendo que multiplicar la especie es su única misión, cuando no la llena, lógico es que se la considere como un ser inútil. Este absurdo está en armonía con otros, y lo estaba con el modo de ser de las sociedades antiguas, en que el suelo carecía de

pobladores. Pero en el mundo moderno, en los pueblos civilizados, los hombres se multiplican con sobrada rapidez, el exceso de población se hace sentir con frecuencia, no son madres lo que falta, y la mujer pura y benéfica que se dedica á hacer bien á sus semejantes, que como no hace falta á nadie está pronta á sacrificarse por todos, que tiene en mucho el hacer bien á cualquiera y en poco su vida, que forma su familia de aquella parte del género humano que sufre y la necesita, y que usa de su libertad haciéndose esclava de los santos deberes que se impone; esta mujer es tan respetable y tan útil como la mejor de las madres. Y no se diga que este es un ser ideal; hay muchas de estas mujeres, y podría haber más.

Es tiempo de que no se trate sólo de la madre cuando se habla de la mujer; de que se comprenda que en toda mujer honrada hay sentimientos maternos; de que no se mire desdeñosamente un gran elemento de bien para la sociedad; de que se salga de las rutinas para el respeto y para el desprecio; de que no se rebaje nada que esté elevado, ni se niegue prestigio á nada bueno, ni admiración á nada sublime, ni se quieran hacer moldes para vaciar el mérito.

Es tiempo de poner fin á la reacción que enaltecía el celibato sobre el matrimonio, y de considerar la excelencia de las acciones y no el estado de quien las lleva á cabo. ¡Santas mujeres, que no siendo madres habéis prohiado al género humano, recibid el homenaje de mi respeto, el recuerdo de mi cariño y las lágrimas que corren de mis ojos al pensar en las que habéis enjugado! Sirva vuestra vida ejemplar de argumento contra los que, combatiendo una preocupación con otra, se niegan á haceros justicia.

---

---

## CONCLUSIÓN.

---

Hemos procurado demostrar las contradicciones de las leyes y la confusión de las opiniones y de las costumbres en lo que á los derechos y capacidad de las mujeres se refiere.

Las contradicciones en que incurren algunos fisiólogos al asegurar la inferioridad orgánica de las facultades intelectuales de la mujer.

La superioridad moral de ésta.

Que habiéndose vedado á la mujer el ejercicio de las facultades intelectuales superiores, poco puede decir la historia, y no obstante, su testimonio es favorable á la opinión de que la inteligencia de la mujer puede cultivarse con ventaja como la del hombre.

Las funestas consecuencias que acarrea para el hombre, para la sociedad y para la mujer el error de su incapacidad intelectual, y la impo-